

La traducción como actividad creativa: el caso de Charles S. Peirce¹

Sara Barrena
Universidad de Navarra

En contra de lo que a veces se piensa, la traducción no es una tarea principalmente mecánica, sino que puede considerarse como una actividad esencialmente creativa. Por ello las máquinas y los programas de traducción automática nunca lograrán sustituir con perfección a los seres humanos en esta tarea. La creatividad es lo que marca la diferencia entre dos traducciones que expresan lo mismo, una de las cuales reconocemos como buena y otra no. Una traducción puede ser realizada no solo con exactitud, sino también con más o menos belleza e imaginación.

Es cierto que para traducir hay que aplicar unas reglas gramaticales y unos códigos lingüísticos, pero traducir no es seguir un comportamiento regulado paso a paso, sino que es una actividad que conlleva una parte importante de descubrimiento, de "inventar" las expresiones que se adecuen al significado de lo que vamos a traducir, de buscar con imaginación nuevos vehículos para el pensamiento. En ese sentido puede sostenerse que la traducción del pensamiento filosófico conlleva su crecimiento, pues los signos crecen al dar lugar a otros signos.

En esta presentación señalaré algunas claves para la comprensión de la actividad traductora, que ha sido muchas veces mal entendida y minusvalorada, basándome en las ideas del filósofo y semiótico Charles S. Peirce. En concreto se analizará su concepción del signo, del pensamiento como signo y de la abducción. Propondré después, a partir de ahí, algunas indicaciones sobre cómo traducir, teniendo en cuenta mi propia experiencia como traductora de la obra de Charles S. Peirce, tarea que vengo desarrollando desde hace veinte años en el Grupo de Estudios Peirceanos de la Universidad de Navarra.

1. La actividad traductora según C. S. Peirce

1.1 El signo y el pensamiento como signo

¹ Parte de las ideas aquí contenidas proceden de mi texto "La traducción: una actividad creativa", publicado en la web del Grupo de Estudios Peirceanos (<http://www.unav.es/gep/TradActividadCreativa.html>).

El filósofo y científico Charles S. Peirce (1839-1914) ha sido caracterizado como el intelecto más original y versátil que América ha producido². La independencia y creatividad del pensamiento de Peirce está marcada principalmente por una nueva corriente filosófica de la que se le considera fundador: el pragmatismo. El pragmatismo, que nace como un método lógico para esclarecer conceptos, llegó a convertirse en la corriente filosófica más importante en Norteamérica durante el último tercio del siglo XIX y el primero del XX, resaltando el papel del pensamiento como guía de la acción y considerando la verdad en función de las consecuencias prácticas. Pero, además del pragmatismo, el ámbito de los temas que Peirce trató es inabarcable. Entre ellos se le ha considerado iniciador o fundador de algunas disciplinas o corrientes, como es el caso de la semiótica. Puede decirse que una serie de tres artículos publicados entre 1867 y 1869, junto con la recensión de la nueva edición de las obras de Berkeley que Peirce publica en 1871, marcan el inicio de los estudios modernos de la semiótica, cuyas ideas esenciales fue desarrollando durante el resto de su vida.

La concepción triádica del signo que Peirce elabora supuso un giro fundamental a la hora de enfocar el estudio del signo, y sus frutos todavía se obtienen en nuestros días. Para él:

Un signo o *representamen* es algo que está por algo para alguien en algún aspecto o capacidad. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente, o quizás un signo más desarrollado. A ese signo que crea lo llamo el *interpretante* del primer signo. El signo está por algo, su *objeto*. El signo está por este objeto, no en todos los aspectos, sino en referencia a un tipo de idea que a veces he llamado la base [*ground*] del representamen³.

El interpretante o significado sería así una representación mediadora entre el signo y su objeto, representa al signo como siendo una representación del objeto, y en cuanto que representa esa mediación se convierte a su vez en signo. Esa representación se entiende mejor con ejemplos, dice Peirce, y aclara que sería el caso de una palabra que representa una cosa en la mente del que escucha, de una veleta que representa la dirección del viento para aquel que la entiende o de un abogado que representa a su cliente ante el jurado y el juez a los que influye (CP 1.553, 1867).

Para Peirce todo lo que hay en el universo es signo en tanto que todo puede

² Véase FISCH, M. H.: "Introductory Note". En SEBEOK, T. A. (ed): *The Play of Musement*. Bloomington, Indiana University Press, 1981, 17; RUSSELL, B.: *Wisdom of the West*. Nueva York, Doubleday, 1959, 276; WEISS, P.: "Charles Sanders Peirce". En ALLEN, J y MALONE, D. (eds): *Dictionary of American Biography*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1934, vol. 14, 58-64.

³ PEIRCE, C. S.: *Collected Papers*. C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds), Cambridge, Harvard University Press, 1931-1958, 2.228 (c.1897). Abreviado CP en el cuerpo del texto a partir de ahora. Como es habitual, se cita esta obra indicando el número de volumen seguido del número de párrafo.

manifestar algo para un tercero, ser interpretado. La acción de los signos, que Peirce denomina semiosis, es un proceso continuo y universal. Todo, por tanto, requiere interpretación: "Un signo debe tener una interpretación o significación o, como yo lo llamo, un interpretante. Este interpretante, esta significación, es simplemente una metempsícosis a otro cuerpo, una traducción a otro lenguaje"⁴. Es decir, interpretamos continuamente porque todo es signo, y la interpretación de los signos no es sino otro nombre para la traducción, tal y como señala Peirce expresamente: "interpretación es simplemente otra palabra para traducción" (*MS* 283, 97, 1903).

Por lo tanto, estamos continuamente traduciendo. La traducción puede definirse como el verter unos signos en otros, y no siempre tiene carácter verbal, sino que en ocasiones pueden traducirse signos, ideas, a formas no lingüísticas como en el caso, por ejemplo, de las artes figurativas. El hecho de que estemos continuamente traduciendo no significa que todo sea parcial e inexacto, pero sí abierto a una continuidad y a ese proceso de crecimiento constante que van sufriendo los signos, un proceso en el que adquieren formas distintas.

La mente humana procesa y traduce signos constantemente, produce interpretantes que a su vez son nuevos signos. En la traducción partimos de un signo, a partir del que se crea en la mente un interpretante, y el traductor busca otro cuyo significado sea equivalente a ese. No es una operación exacta, sino un proceso abierto, continuo, como lo es la semiosis, en el que se producen nuevos signos que pueden ser incluso más desarrollados que los primeros. La existencia de diferencias difícilmente solubles entre unos y otros interpretantes no es, como ha señalado Wenceslao Castañares, un factor a favor de la intraducibilidad, sino más bien una señal de la necesidad de aceptar una concepción más amplia y flexible de la racionalidad, y una forma de razonamiento más libre que la deducción o la aplicación automática de reglas⁵. La traducción se vincula así a una forma de razonar imaginativa y creativa que vendrá caracterizada por lo que Peirce denomina abducción, tal y como se explicará en el apartado siguiente.

⁴ PEIRCE, C. S.: *The Charles S. Peirce Papers*. Edición en microfilm, Cambridge, Harvard University library, Photographic Service, 1966, manuscrito 298, 25 (1905). Abreviado *MS* en el cuerpo del texto a partir de ahora, y citado según la numeración de ROBIN, R. S.: *Annotated Catalogue of the Papers of Charles S. Peirce*. Amherst, University of Massachusetts Press, 1967.

⁵ CASTAÑARES, W.: "Abducción y traducción entre culturas". En ROSA, A. y VALSINER, J. (eds): *Historical & Theoretical Discourse*, vol. I de *Explorations in Socio-Cultural Studies*. Madrid, Fundación infancia y aprendizaje, 1994, 48-55.

La traducción lingüística, por tanto, al igual que cualquier otra traducción, no es más que un proceso abierto de interpretación. Hay que superar el miedo a no ser literal, siempre que se mantenga el significado original, es decir, el alma del signo (CP 6.455, 1908). En la traducción se proporciona al significado una forma material distinta, dentro de esa evolución continua de los signos. Se viste con un traje distinto al pensamiento, a un pensamiento que no podría existir sin el traje, sin los signos, pues “todo nuestro pensamiento se realiza en signos de una clase u otra, ya sean imaginados o actualmente percibidos” (NEM I 122)⁶. Como escribe Peirce más extensamente:

El pensamiento siempre tiene lugar en forma de diálogo —un diálogo entre fases distintas del *ego*— de modo que, siendo dialógico, está esencialmente compuesto de signos, como su materia, en el sentido en que un juego de ajedrez tiene al ajedrecista como su materia. ¡No es que los signos particulares empleados *sean* en sí mismos el pensamiento! Oh, no; ni una pizca más de lo que las capas de una cebolla son la cebolla (casi tanto como ellas, sin embargo). Un mismo pensamiento puede ser transportado en el vehículo del inglés, del alemán, del griego o del gaélico; en diagramas, en ecuaciones o en gráficos: todos ellos no son sino capas de la cebolla, sus accidentes no esenciales. Sin embargo, que el pensamiento tenga *alguna* expresión posible para algún posible intérprete es el mismo ser de su ser (CP 4.6, 1905).

1.2 Abducción. Inventar el modo de expresar la idea.

En el proceso de traducción de los signos, lo que Peirce denominó *abducción* juega un papel principal. Veamos en qué consiste esa manera de razonar.

La abducción constituye para Peirce el punto central del método científico, pues sería imposible tener ningún conocimiento nuevo si no fuera por ella: es “la única operación lógica que introduce una idea nueva” (CP 5.171, 1903). “No puede darse ni el más pequeño avance más allá de la fase del mirar libre sin hacer una abducción a cada paso” (MS 692, 1901), dice Peirce. Así, atribuye a la abducción el surgimiento de la primera idea, en la que está ya contenida toda la fuerza del descubrimiento creativo. La abducción “consiste en examinar una masa de hechos y permitir que esos hechos sugieran una teoría” (CP 8.209, 1905). Son ejemplos de abducción el “tirarse de la moto”, el médico que diagnostica al ver unos síntomas o el detective que, como Sherlock Holmes, resuelve un caso criminal a partir de unas pistas.

La abducción nos proporciona las conjeturas espontáneas de la razón, y para que esas hipótesis surjan se requiere el concurso de la imaginación y del instinto. La abducción es como un destello de comprensión, un saltar por encima de lo que ya tenemos, y en ella

⁶ PEIRCE, C. S.: *The New Elements of Mathematics*. C. Eisele (ed.), La Haya, Mouton, 1976, vol. I, 122.

reside la fuerza creativa. Para que se produzca la abducción es preciso dejar libre a la mente. Peirce habla en ese sentido del *musément*, un momento más instintivo que racional en el que hay un flujo de ideas, hasta que de pronto se ilumina la sugerencia. La abducción está en la base del método científico y de cualquier investigación, pues sin ella no habría el menor avance en el conocimiento, y está en la base también de la actividad traductora.

En el caso de la traducción es preciso encontrar a través de la abducción las palabras que se ajusten al significado que queremos trasladar. Aunque las palabras ya existían, acuden a nuestra mente como sugerencias para descubrir, *inventar*, el modo de expresar la idea en castellano. No se trata de analizar y decodificar oraciones y párrafos, sino más bien de hacerse con el significado y verterlo creativamente a través de una nueva forma que se obtiene por abducción. No se trata de una búsqueda sistemática, sino libre.

Una vez que se obtiene la sugerencia es preciso probarla, puesto que las primeras ideas obtenidas por abducción son solo hipótesis de trabajo. Es necesario comprobar cómo encajan las palabras en el texto, al igual que en el método científico las hipótesis se adoptan provisionalmente hasta que son comprobadas, y para ello deben ser en primer lugar explicadas y precisadas a través de la deducción (CP 7.203, 1901), y posteriormente comprobadas experimentalmente a través de la inducción, en la fase de verificación experimental, y validadas por la comunidad científica. A veces, como en la ciencia, será necesario rechazar algunas posibles traducciones para buscar otra mejor. Las traducciones, como el proceso de semiosis, no acaban nunca, siempre pueden ser mejoradas. Se trata de un proceso ilimitado donde la prueba correspondería a largo plazo a la comunidad, aunque a efectos prácticos haya que ponerle un fin.

2. Indicaciones para traducir mejor. El caso de Peirce

Teniendo en cuenta las teorías de Peirce aplicadas a la traducción, tal y como se han explicado en el apartado anterior, y mi propia experiencia como traductora de su obra filosófica, proporcionaré tres criterios fundamentales a tener en cuenta para llegar a ser un buen traductor.

1) Desarrollar la imaginación

La abducción, que juega un papel esencial en la traducción, no puede ocurrir sin el concurso de la imaginación. En contra de muchos estereotipos, el traductor debe ser una persona imaginativa,

capaz de inventar soluciones. Hace falta una cierta *capacidad creativa*. Para traducir es importante la actitud, la mente debe estar desbloqueada y la imaginación estimulada. Esa actitud es importante para poder sentir y escuchar el significado del texto, no solo con la mente, sino también con el corazón y la imaginación, como debería hacerse cada vez que uno intenta escribir algo. Como afirma Peirce: "con tus ojos abiertos, despierta a lo que está a tu alrededor o dentro de ti" (CP 6.461, 1908).

Peirce explica en un texto de 1905 que, sin imaginación, no podría completarse la función de los signos, aun cuando pudiesen dar lugar a otros nuevos:

¿Qué significa hablar de la "interpretación" de un signo? Interpretación es meramente otra palabra para traducción; y si tuviéramos el mecanismo necesario para hacerlo, que quizá nunca tendremos, pero que es muy concebible, un libro inglés podría traducirse al francés o al alemán sin la interposición de una traducción a los signos imaginarios del pensamiento humano. Sin embargo, suponiendo que hubiera una máquina, o incluso un árbol cultivado, que sin la interpolación de ninguna imaginación tradujera de una lengua posible a una nueva, ¿podría decirse que se completaría la función de los signos? (MS 283, 1905).

En este texto, que hoy dejaría de ser una cuestión de ciencia ficción por la existencia de los programas de traducción automática, Peirce hace ver que sin ayuda de la imaginación no se cumpliría la función propia de los signos, es decir, no proseguiría la semiosis en la mente del hombre dando lugar a algo nuevo. Nuestra imaginación está imbricada en la manera en que interpretamos y nos enfrentamos a todo. Sin la capacidad imaginativa no podrían explicarse los distintos modos en que llegamos a concebir la realidad en nuestra actividad diaria, científica o artística.

La imaginación está en la base de la ciencia, del arte, del conocimiento de la vida diaria, de la decisión ética, pues en todos esos ámbitos avanza la mente a través de la abducción, que no podría ocurrir sin imaginación. Toda creación de cualquier tipo, por mínima que sea, se realiza a través de la imaginación, que es capaz de combinar los conocimientos y las experiencias que ya se poseen e ir más allá, haciendo surgir nuevas formas. Gracias a la imaginación, decía el también pragmatista John Dewey, las cosas viejas y familiares se hacen nuevas en la experiencia⁷. No es posible crear sin imaginación y, más aún, tampoco es posible comprender lo creado sin imaginación.

Podemos concluir por tanto que no es posible traducir bien sin imaginación. El traductor no es un escritor de segunda, alguien que se limita a transmitir lo que otros han pensado, sino que es una persona creativa que debe fomentar y hacer crecer su imaginación tanto como cualquier artista a través de la lectura, de la escritura, del pensamiento libre, del juego con ideas, del desarrollo de las capacidades perceptivas.

⁷ BOYDSTON, J. A. (ed): *The Collected Works of John Dewey 1882-1953*. Carbondale, Southern Illinois University Press, 1969-1991, LW X, 271-72, 1934.

2) Dejar hablar al texto

La traducción de un texto, según lo anterior, puede concebirse como un proceso creativo en el que hay parte de libertad y parte de sujetarse a reglas, parte de acción y parte de pasividad, en cuanto que uno debe permitir el desarrollo del texto como signo. Se ha afirmado que una traducción consiste en la búsqueda de una forma material distinta para el significado del signo. Puede decirse entonces que traducir no consiste sólo en captar el contenido, la información, sino también la intención, el *ground* de los signos, es decir, el modo en que el signo relaciona objeto y mente, el aspecto bajo el cual el signo está por algo para alguien. Eso supone que el traductor debe tratar de introducirse en la mente del autor a través de los signos que tiene que traducir, y dejar que esos signos se desarrollen. Debe permitir en algún sentido que el texto se realice a sí mismo, que le hable, que crezca, y para ello debe dejar que su mente vague libremente, como en cualquier otra actividad creativa.

En este sentido la traducción tiene un aspecto de pasividad, de dejarse llevar por la fuerza de los signos en continuo crecimiento. El traductor debe enfrentarse al texto con esa mentalidad. Su traducción no es una mera reproducción, sino que también permite que el signo que empleó el autor con un determinado *ground* se vaya encarnando y creciendo. Eso hace de la traducción un proceso vivo, no una mera transliteración muerta. Los textos son orgánicos, es decir, en crecimiento, porque los signos se desarrollan, sin que eso implique tergiversar los signos originales. El traductor debe buscar, como señala Dinda Gorlee, rendirse a las necesidades del texto más que mostrar sus habilidades, aunque estas, evidentemente, también son necesarias, y constituyen el último punto a tener en cuenta.

3) Cultivar habilidades

El traductor ha de poseer y desarrollar determinadas habilidades, entre ellas por supuesto un buen conocimiento de las lenguas, especialmente de aquella a la que se traduce. Es necesario saber redactar bien, ser capaz de expresar con claridad la idea que se tiene en la cabeza al leer el texto en el idioma original.

Aunque la traducción sea una actividad creativa, es preciso dominar las reglas, esto es, en el caso del traductor de filosofía debe dominar la lengua de destino y tener un conocimiento lo más riguroso posible del pensamiento del autor. He encontrado en mi

actividad como traductora y correctora de las traducciones de otros que es muy difícil traducir filosofía sin tener una idea certera del pensamiento del autor. Esto es especialmente así en el caso de autores complejos como Peirce, con multitud de teorías de muy distinta índole relacionadas incluso dentro de un mismo texto, y con pocas obras publicadas en vida, por lo que muchas veces se toman como material de trabajo textos manuscritos parciales y fragmentarios que no tuvieron una redacción final.

No se puede ser creativo sin un dominio previo de las normas: el talento y la creatividad precisan primero de la técnica y del trabajo riguroso. Para traducir hace falta *capacidad de trabajo*. No todo es cuestión de inspiración. Se requiere mucha dedicación y constancia. Para que la idea surja aparentemente sin esfuerzo hace falta una mente disciplinada y fértil.

Aunque el aspecto creativo de las traducciones —quizá el fundamental— no puede ser formalmente enseñado, me parece desde mi experiencia que sí pueden darse unas pautas que sirvan de guía para la labor del traductor, aunque hay que tener en cuenta que no todo el mundo trabaja de la misma manera:

a) Lectura comprensiva del texto, tratando de tener en cuenta el contexto cultural y socio-histórico en el que fue escrito. Conviene informarse un poco sobre el autor y la materia. Por así decir, antes de empezar hay que hacer ese esfuerzo por sumergirse en el texto, en su mundo interno, por captar la intención general del texto. En el caso de Peirce este paso resulta imprescindible, pues por su manera fragmentaria de escribir, saltando de una cosa a otra y utilizando larguísimos ejemplos que le desvían del tema, a veces es difícil hacerse una idea del conjunto. Es fundamental también por la evolución que experimentaron sus ideas a lo largo de toda su vida situar los textos dentro de la cronología peirceana, sabiendo a qué etapa pertenecen e informándose sobre la fuente original de publicación.

b) Empezar a traducir por el principio, no trozos sueltos ni en desorden. Cuando un pasaje resulta oscuro lo mejor es seguir adelante sin atascarse, pues muchas veces se clarifica con lo que viene después.

c) No traducir palabra por palabra sino tomar frases completas, unidades con significado. Dejar libre la mente hasta que venga la sugerencia, dejar navegar los pensamientos, sin concentrarse obsesivamente en el papel o en la pantalla. Se trata de fijar la atención hacia adentro. Puede ayudar consultar el diccionario, pero teniendo en cuenta

que hay que trascender la estructura superficial del texto, que hay que ir más allá de la materialidad de los signos y captar su "alma", que no se trata meramente de elegir entre un grupo de alternativas dadas en el diccionario. Unas veces elegiremos uno de los significados del diccionario, otras veces no. Entre varias sugerencias es un buen criterio elegir la más sencilla.

d) Poner a prueba la sugerencia que nos haya saltado a la mente como más adecuada, teniendo en cuenta siempre que no hay una única solución al problema. Ver cómo funciona nuestra idea en la frase, en el párrafo, si mantiene el significado original, si está bien expresada en castellano. La hipótesis es comprobada de modo reiterado en cada relectura. La obtención de las hipótesis y la prueba y corrección son fases que se dan entremezcladas. Muchas al veces al volver sobre algunos pasajes surgirá de repente en una de esas vueltas la expresión que se ajusta a lo que queremos decir. De repente caemos en algo que teníamos delante de los ojos, pero que no veíamos, y reconocemos entonces que esa es la expresión que buscábamos.

e) Cuando se llega al final, hay que leer varias veces todo el texto traducido, comprobar que tiene sentido, repasar la ortografía, repasar trozos que no se entiendan o de los que hayamos quedado menos satisfechos, fijarse en que las formas de expresión sean correctas, en el orden de las frases, etc. Así mismo hay que solucionar los flecos, palabras o expresiones que no hemos logrado entender buscando en otras fuentes o preguntando.

f) En su momento, dar por terminada la traducción sin caer en el perfeccionismo. Pasar el texto a otras personas que puedan hacernos correcciones y comprobar las sugerencias que nos hagan con el original. Corregirse es siempre el modo de aprender.

En conclusión, puede decirse que el traductor debe conjugar una gran capacidad creativa con la técnica y la preparación. La traducción nos hace mejores escritores, y cuanto mejor escribamos mejores traductores seremos, en una retroalimentación de nuestras capacidades creativas y nuestras habilidades técnicas. Por otra parte, el texto, entendido como signo, es mucho más que el material de trabajo del traductor: es precisamente aquello que le servirá de guía y cuyo significado puede hacer crecer con una buena interpretación. Así, el traductor es parte esencial de la comunidad de investigación que busca la verdad.